



Aquilea y le dejó matar por sus soldados. Dueño absoluto de los dos imperios, cedió el de Occidente á Valentiniano, que no le tuvo mucho tiempo. Este jóven príncipe elevó y humilló á Argobasto, capitán de francos, valiente, desinteresado, pero capaz de mantener por toda clase de crímenes el poder que se había hecho lugar sobre las tropas. Elevó al tirano Eugenio, que no sabía más que hablar, y mató á Valentiniano, que no quería sino tener por amo y señor al soberbio franco. Este golpe detestable fué dado en las Galias, cerca de Viena. San Ambrosio, á quien el jóven emperador había encargado que le confiriera el bautismo, deploró su pérdida, y tuvo esperanza de su salvacion. Su muerte no permanecerá impune. Un milagro visible dió la victoria á Teodosio sobre Eugenio y sobre los falsos dioses, cuyo culto había restablecido este tirano. Eugenio fué hecho prisionero, y hubo necesidad de sacrificarle á la vindicta pública, y para abatir la rebelion con su muerte. El fiero Argobasto se suicidó, más bien por no implorar la clemencia del vencedor, que por el conjunto de reveses que acababa de experimentar. Teodosio, único emperador, fué la alegría y la admiracion de todo el universo. Apoyó la religion, hizo callar á los herejes, abolió los sacrificios impuros de los paganos, corrigió la molicie, y reprimió los gastos supérfluos. Confesó humildemente sus faltas, é hizo penitencia. Escuchó á San Ambrosio, célebre doctor de la Iglesia, que le reprendió por su cólera, único defecto de este gran príncipe. Siempre victorioso, jamas hizo la guerra sino por necesidad. Mantuvo los pueblos felices, y murió en paz, más ilustre por su fe que por sus victorias. En su tiempo, San Jerónimo, retirado á la santa gruta de Bethleem, acometió trabajos inmensos para explicar la Escritura, exhumó todas las historias santas y profanas que le podían esclarecer, y compuso, sobre el original hebreo, la version de la *Biblia*, que toda la Iglesia ha recibido bajo el nombre de *Vulgata*. El imperio, que parecía invariable bajo Teodosio, cambió de repente bajo sus dos hijos. Arcadio tuvo el Oriente, y Honorio el Occidente; los dos, gobernados por sus ministros, hicieron servir su poder á los intereses

particulares. Rufino y Eutronio, sucesivamente favoritos de Arcadio, y tan malo el uno como el otro, perecieron al punto; y los negocios no fueron mejor bajo un príncipe débil. Su mujer Eudisia le obligó á perseguir á San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla y luz del Oriente. El papa San Inocencio y todo el Occidente sostuvieron á este gran obispo contra Teófilo, patriarca de Alejandria, ministro de las violencias de la emperatriz. El Occidente estaba turbado por la inundacion de los bárbaros. Radagasio, godo y pagano, asoló la Italia. Los vándalos, nacion goda y arriana, ocuparon una parte de la Galia, y se esparcieron por España. Alarico, rey de los visigodos, pueblos arrianos, obligó á Honorio á abandonar estas provincias, ya ocupadas por los vándalos. Stilicon, atajado por tantos bárbaros, les bate, corrige, pacta y rompe con ellos, sacrifica todo á su interes, y conserva, sin embargo, el imperio que tenía el propósito de usurpar. Sin embargo, Arcadio murió, y creyó al Oriente tan desprovisto de buenos súbditos, que puso á su hijo Teodosio, de edad de ocho años, bajo la tutela de Irdegarda, rey de Persia. Pero Pulqueria, hermana del jóven emperador, se encontró capaz de manejar los grandes negocios. El imperio de Teodosio se sostuvo por la piedad y por la prudencia de esta princesa. El de Honorio parecia próximo á su ruina. Hizo morir á Stilicon, y supo reemplazar á tan hábil ministro. La revuelta de Constantino, la pérdida completa de las Galias y de España, la toma y saqueo de Roma por los ejércitos de Alarico y de los visigodos, fueron la consecuencia de la muerte de Stilicon. Ataulfo, más furioso que Alarico, saqueó de nuevo á Roma, y no soñaba más que con abolir el nombre de romano; pero para dicha del imperio, tomó á Placidia, hermana del emperador. Esta princesa cautiva, con quien se casó, le templó. Los godos trataron con los romanos, y se establecieron en España, reservándose en las Galias las provincias que se extendian hácia los Pirineos. Su rey, Walia, condujo sabiamente estos grandes designios. España demostró su constancia, y su fe no se alteró bajo la dominacion de los arrianos. Entre tanto, los borgoñones,



pueblos germanos, ocuparon las vecinas comarcas del Rhin, de donde poco á poco ganaron el país que lleva aún su nombre.

Los francos no permanecieron en el olvido: resueltos á hacer nuevos esfuerzos para abrirse paso á las Galias, elevaron por rey á Pharamond, hijo de Marcomir, y la monarquía de Francia, la más antigua y la más noble de todas las del mundo, comenzó bajo él. El desgraciado Honorio murió sin hijos y sin proveer el imperio. Teodosio nombró emperador á su hijo Valentiniano III, hijo de Placidia y de Constancio su segundo marido, y le colocó durante su menor edad bajo la tutela de su madre, á quien dió el título de emperatriz. En estos tiempos, Celestio y Pelagio negaron el pecado original y la gracia por la cual somos cristianos. Á pesar de sus disimulos, los concilios de África les condenaron. Los papas San Inocencio y S. Zósimo, á quien siguió el papa S. Celestino, autorizaron la condenacion y la extendieron por todo el universo. S. Agustín confundió á estos peligrosos herejes, y brilló en toda la Iglesia por sus admirables escritos. El mismo Padre, secundado por S. Próspero, su discípulo, cerró la boca á los semipelagianos, que atribuian el principio de la justificacion y de la fe á los únicos esfuerzos del libre albedrío. Un siglo tan desgraciado para el imperio y en el que se elevaron tantas herejías, no dejó de ser dichoso para el cristianismo.

La Iglesia, fecunda en grandes hombres, confundió todos los errores. Despues de las persecuciones, plugo á Dios hacer brillar la gloria de sus mártires; todas las historias y todos los escritos están llenos de milagros, que los auxilios implorados y los sepulcros honrados operaban por toda la tierra (1). Vigilancia, que se oponia á sentimientos tan recibidos, refutado por S. Jerónimo, permaneció sin continuadores. La fe cristiana brotaba y se extendia todos los dias. Pero el imperio de Occidente no podia más. Atacado por tantos enemigos, fué aún debilitado por la envidia de sus gene-

rales y por los artificios de Aecio. Bonifacio, conde de África, se hizo sospechoso á Placidia. El conde, maltratado, hizo venir á España á Genserico y los vándalos, que los godos arrojaban, y se arrepintió más tarde de haberlos llamado. El África fué quitada al imperio. La Iglesia experimentó males infinitos por la violencia de estos arrianos, y vió coronar un sin fin de mártires. Dos furiosas herejías se elevaron: Nestorio, patriarca de Constantinopla, dividió la persona de Jesucristo, y veinte años despues, Eutiques, abad, confundió las dos naturalezas. San Cirilo, patriarca de Alejandria, se opuso á Nestorio, que fué condenado por el papa S. Celestino. El concilio de Efeso, tercero general, ejecutó esta sentencia, depuso á Nestorio y confirmó el decreto de S. Celestino, á quien los obispos del concilio llamaron padre en su definicion (1). La Virgen Santísima fué reconocida por Madre de Dios, y la doctrina de S. Cirilo fué celebrada por toda la tierra. Teodosio, despues de algunas trabas, se sometió al concilio y desterró á Nestorio. Eutiques, que no pudo combatir esta herejía sino entregándose á otros excesos, no fué ménos fuertemente rebatido. El papa S. Leon el Grande le condenó y refutó á la vez, por una carta que fué reverenciada en todo el universo. El concilio de Calcedonia, cuarto general, en donde este gran papa tenía el primer asiento, no tanto por su doctrina como por la autoridad de su silla, anatematizó á Eutiques y á Dióscero, patriarca de Alejandria, su protector. La carta del concilio á S. Leon demuestra que este papa presidia allí por sus legados, como jefe, á sus subordinados (2).

El emperador Marciano asistió por sí mismo á esta gran asamblea, á ejemplo del Constantino, y recibió las decisiones con el mismo respeto. Un poco ántes, Pulqueria le había elevado al imperio por matrimonio. Ella fué reconocida emperatriz despues de la muerte de su hermano, que no había dejado hijos. Pero era nece-

(1) Part. II, Conc. Eph., act., 1; Sust. depos. Nestor. t. III, Conc. Labb. col. 233.

(2) Relat. S. Syn. Chalced. ad Leon, Conc. part. III, t. IV, col. 837.

(1) Hier., *Cont. Vigil.* t. IV, part. II, col. 282 y siguientes, *Script. eccl.*





sario dar un señor al imperio; la virtud de Marciano le procuró este honor. Durante los tiempos de estos dos concilios, Teodoreto, obispo de Ciro, se hizo célebre; y su doctrina sería sin tacha, si los escritos que publicó contra S. Cirilo no hubiesen tenido necesidad de grandes aclaraciones. Las dió de buena fe, y fué contado entre los obispos ortodoxos. Los galos comenzaron á reconocer á los francos. Aecio los habia defendido contra Farmond y contra Clodion el Cabelludo; pero Meroveo fué más feliz, é hizo allí su más sólido establecimiento, casi al mismo tiempo que los anglos, pueblos sajones, ocuparon la Gran-Bretaña. La dieron su nombre, y fundaron allí muchos reinos. Entre tanto, los hunos, pueblos de los Palus-Meótides, desolaron todo el universo con un ejército inmenso, bajo el mando de Atila, su rey, el más horrible de todos los hombres. Aecio, que le deshizo en las Galias, no pudo impedir que penetrase en Italia. Las islas del mar Adriático sirvieron de refugio á muchos contra su furor. Venecia se elevó en medio de las aguas. El papa San Leon, más poderoso que Aecio y que los ejércitos romanos, se hizo respetar por este rey bárbaro y pagano, y salvó á Roma del pillaje y del saqueo; pero se vió expuesta poco despues por los excesos de su emperador Valentiniano. Máximo, cuya mujer habia violado, encontró el medio de perderle, disimulando su dolor y haciéndose un mérito de su complacencia. Por sus consejos falaces, el ciego emperador hizo matar á Aecio, el único sosten del imperio. Máximo, autor de la muerte, inspiró la venganza á los amigos de Aecio, é hizo matar al emperador. Sube al trono por estas degradaciones, y contrajo matrimonio con la emperatriz Eudoxia, hija de Teodosio el Joven. Para alejarse de sus manos, no temió colocarse en las de Genserico. Roma es presa del bárbaro; sólo San Leon le impide llevarlo todo á sangre y fuego; el pueblo destroza á Máximo, y no recibe en sus males más que este triste consuelo.

Todo se descompone en el Oriente: allí se ven levantarse muchos emperadores, para caer casi al mismo tiempo. Mayoriano fué el más flustre. Avito sostuvo mal su reputacion, y se

salvó por un obispo. Las Galias no pueden defenderse más contra Meroveo, ni contra Childeberto, su hijo; pero el último pensó perecer por sus desórdenes. Si estas causas le arrojaron, un fiel amigo que le quedó le mandó llamar. Su valor le hizo temible de sus enemigos, y sus conquistas se extendieron hasta el interior de las Galias. El imperio de Oriente estaba en paz bajo Leon Traciano, sucesor de Marciano, y bajo Zenon, yerno y sucesor de Leon. La revuelta de Basilisca, sofocada al punto, no produjo más que una pequeña inquietud á este emperador; pero el imperio de Occidente pereció sin remedio. Augusto, que se llama Augústulo, hijo de Orestes, fué el último emperador reconocido en Roma, é inmediatamente fué desposeido por Odoacro, rey de los hérulos. Estos eran pueblos venidos del Ponto Euxino, cuya dominacion no fué larga. En Oriente, el emperador Zenon acometió la empresa de distinguirse de un modo desconocido. Fué el primero entre los emperadores que se mezcló en arreglar las cuestiones de la fe. Mientras que los sentimientos arrianos se oponian al concilio de Calcedonia, él publicó contra el concilio su Henótico, es decir, su decreto de union, destestado por los católicos y condenado por el papa Félix III.

Roma se engañaba, dice Cantú, al creer que sus águilas tenían apresado el universo: si no pudo oír el silencio y uniforme movimiento de la India y de la China, destinadas á sobrevivirla; si creyó subyugadas el Asia y el África cuando los reyes de Alejandría y de Palmira pasaron encadenados por la vía Sacra, á lo ménos la embriaguez de los triunfos y el obsceno tumulto de las bacanales no debieron impedirle que oyese los pasos de los pueblos del Oriente y del Septentrion, impulsados los unos por los otros, y por una fuerza sobrenatural, para saquear á la depredacion del universo.

En el Mediodía, los berveres, los gétulos y los moros hacen retroceder hácia las costas á los romanos; en Oriente, los sasanidas restablecen el poder de Persia y amenazan con renovar los dias de Jerjes; los germanos encuentran otros arminios que los conduzcan á los Alpes; los escandinavos dan muerte en una ba-



talla á Valente, como los persas habian muerto á Juliano; las provincias, cansadas del yugo fiscal, aceptan como libertadores á los conquistadores nuevos; tambien los ugoro-fineses y la ignorada Tartaria quieren tomar parte en los despojos; y los hermanos de los que combatieron el imperio chino vienen á incendiar las ciudades del Adriático y á morir en los campos de Chalons.

En vano trató Constantino de rejuvenecer la monarquía: el pueblo estaba gastado por la antigua prosperidad y por las nuevas desventuras. Entre los hombres inmensamente ricos y los innumerables pobres, habia desaparecido la clase media, depositaria de las virtudes ciudadanas y de la igualdad social; las creencias religiosas discordaban de las instituciones civiles, y al paso que la legislacion era católica, la administracion se conservaba pagana, identificando al Estado con el soberano, el cual, teniendo un poder ilimitado, ó con su depravacion corrompia á los pueblos, ó turbaba la fe con disputas continuas. El ejército, en las guerras civiles, obediente en un principio á la república, sublevado despues contra ella, y luégo sentado en el trono de los Césares, quería ahora disponer de ellos; y Roma, engrandecida por la fuerza, sucumbe tambien por ella. Roma, constituida sobre la obediencia, perece tambien, porque la exagera. Las instituciones eran grandiosas, pero se hallaba ahogada la conciencia; y ofuscada ésta, aunque aquéllas duraron, encontróse arruinada la sociedad. Los últimos emperadores, avergonzados de lo pasado, temerosos del porvenir, se aturden en el presente entre asiáticos deleites; su corona parece la guirnalda de que se adorna á la víctima destinada al sacrificio, y su nulidad acelera en Occidente la caida del imperio, mientras que la posicion topográfica deja en salvo por mucho tiempo todavía al de Oriente.

Constantinopla, en medio de su languidez, llegó á tiempo para despojar de su natural rudeza á los pueblos bárbaros limítrofes; dió á los godos el alfabeto modificado por Ulfila, y el mejor rey en la persona de Teodorico; hizo brillar la luz de la verdad entre los rusos y búlgaros, y con el código de Justiniano impidió que pereciese tanta práctica sabiduría romana, conservándola para que modificase las futuras legislaciones.

Del choque del Oriente con el Occidente y con el Septentrion, del cristianismo con el judaísmo y con la barbarie, salieron mal paradas las formas, pero se ganó en cuanto al fondo; decayeron unos pocos privilegiados, pero la humanidad surgió poderosa; y en tanto que la ciudad romana se hundia desmoronada, proclamábase la victoria de la ciudad de Dios con una doctrina sublime aprendida sobre las rodillas de la madre, con la libertad establecida sin revoluciones, como que se fundaba en la rectitud del pensamiento y en la pureza de las costumbres.

Desde aquella época se ve marchar el progreso por una senda recta y lógica, encarnándose la doctrina del cristianismo en las creencias, en las ideas, en las artes y en las costumbres. ¿Quién diria que hasta las herejías sirvieron para propagar la civilizacion? Los maniqueos penetran hasta en la India, el Tibet y la China, donde contribuyen á la aparicion del último Budda y al establecimiento de la religion de los Lamas, que hoy cuenta con tantos adoradores como el cristianismo.

Los nestorianos fundan en Edesa la primera universidad cristiana, desde la cual difunden las letras sirias por la Mesopotania, Fenicia y Persia, y enseñan el uso de las vocales á los árabes, vertiendo á su idioma las obras griegas, que la Europa recibirá despues por mediacion de aquéllos.